

VIVIR ES ORAR EN LA ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA

“Si nuestra convivencia fraterna y nuestro servicio al pueblo de Dios no nacen del contacto vivo con esta realidad interior, todos nuestros esfuerzos resultarán vanos, aún cuando nos parezcan que estamos consiguiendo buenos resultados a nivel organizativo y los demás nos aplaudan. El vacío del corazón no se colma ni se elimina con multiplicar las actividades exteriores, aunque sean apostólicas; ni se da al hombre el honor que le corresponde cuando se abandona y se olvida la fuente verdadera de su grandeza: el estar llamados a vivir en la intimidad con Dios, el único que puede ayudar a realizarnos.

Agustín nos ha trazado un sendero seguro que conduce a la plenitud de la vida, a la vida verdadera, esto es, a la comunión con Dios. Es el sentido de la oración, que S. Agustín conjuga con la vida. La oración — cuando es verdadera — se manifiesta en ¡a vida y la vida se hace oración. Es el sendero privilegiado, más aún, único, que conduce a la plena realización del hombre y de la sociedad humana.

Los que son llamados a seguir este camino como estado de vida renuncian a profundos valores humanos, como la propiedad, la familia y los proyectos personales, en la seguridad de que este camino les lleva a su realización y a vivir su propia identidad. Para ellos, para su propia profesión la invitación a vivir es invitación a orar. El cesar de orar significa cesar de vivir en plenitud.

La invitación a anteponer la vida de oración a los valores más profundos es la llamada a una opción audaz. Pero si se abandona la oración, la opción no se puede llamar ya audaz sino aventurada, dejando frustrada, vacía, descontenta e infeliz a la persona que hace tal opción.

Orar, lo mismo que amar, no puede brotar sino de la libertad. La libertad se realiza aceptando cada momento como una nueva muestra del amor de Dios y correspondiendo a ella. Como nos enseña la Regla: la vida de oración hay que vivirla no como obligación de la ley, sino más bien como adhesión libre a la gracia, enamorados de un ideal de belleza espiritual. Según las Constituciones *-el fin de la Orden consiste en buscar y honrar a Dios concordemente en hermandad y amistad espiritual y a la vez en trabajar al servicio del pueblo de Dios-*”(**El grito del corazón. Conversión y oración hoy.** Roma 1987, p.9 y 21).